

Un pueblo agolpado bulle,
como una hirviente marea,
y el desenlace sangriento
aguarda con impaciencia.

De pronto cesa el bullicio;
se ve al verdugo... se acerca;
con un sacerdote anciano
la humilde víctima reza,

Y luego un nuevo murmullo,
que vuelve á escucharse, muestra
que ya la justicia humana
quedó cumplida en la tierra.

Si un crimen formó un culpable
lavó un cadalso su afrenta,

y el santo arrepentimiento
le abrió del cielo las puertas.

El rey mandó que labraran
en el lugar de la escena
una cabeza, que fuese
de la tradicion emblema.

Y la que al mundo mostrara
del criminal la honda huella;
volvió á su antigua figura
cumplida al fin la sentencia.

Dejando el triste suceso,
por el misterio que encierra,
el nombre á la que hoy se llama
la *Calle de la Cabeza*.

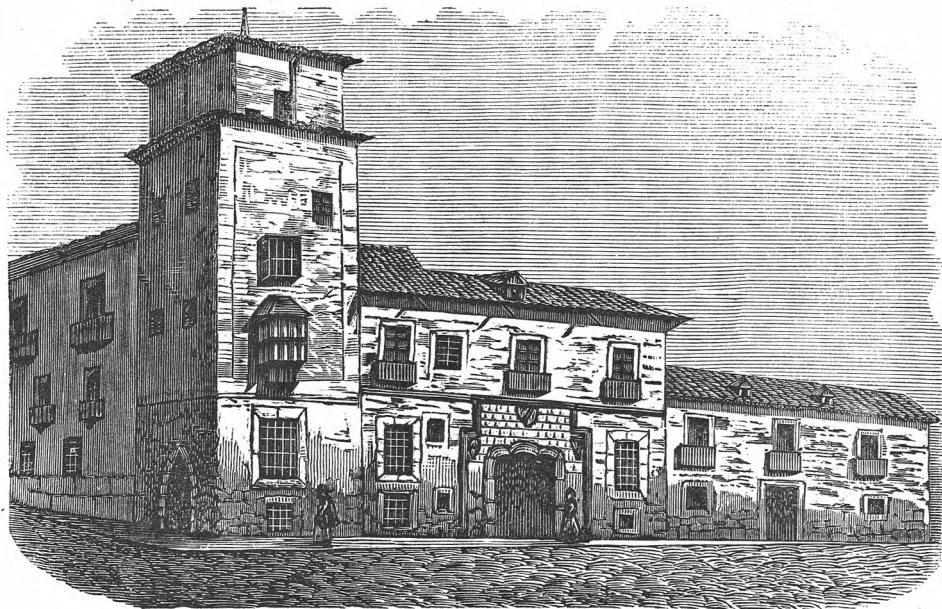
A. B. y C.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA
Rollo, 6, bajo.



La torre de los Guzmanes.

ROMANCE HISTÓRICO.

1823.

I.

Bajo el claro sol de Italia
donde en cadena constante
la gloria tiene su asiento
y los genios su linaje;
allí, donde el orbe admira
de un Tasso y un Miguel Angel
obras, que al genio le arredran,
obligándole á inclinarse;
donde del pincel de Urbino
brotaron tales imágenes,
que de lo divino el sello
denotan por todas partes;
donde al mirar de su patria

los recrudescidos males,
del encono con la tinta
escribió su *Inferno* un Dante;
donde vió la luz del mundo
quien el mundo hizo mas grande,
y dió, en sus sueños de niño,
nuevo límite á los mares;
allí, mansion de placeres
y dulzuras inefables;
allí, vergel en que cantan
con mas dulzura las aves,
y son mas claros los rios
y mas ténues los celajes,
la guerra sangrienta un dia
tremoló sus estandartes.

En sus florestas amenas
surgió el incendio implacable,
y los surcos del arado
se vieron llenos de sangre.
Rompiendo el cauce á los rios
con esfuerzos militares,
se combatió al noble esfuerzo
con los horrores del hambre,
y el genio de la discordia
sus alas cernió en los aires,
y el Gravalon y el Tessino
arrastraron mil cadáveres.
Allí salieron las fieras
de las rocas y jarales,
buscando en los cuerpos muertos
su banquete repugnante.
Allí con heróicos brios
chocaron, de ódio pujantes,
españoles y franceses,
italianos y alemanes;
y vió la Francia su estrella
por largo tiempo eclipsarse,
y vió aumentar sus dominios
inmensos Cárlos de Gante.

II.

Junto al Tessino, que baña
las murallas seculares
de la ciudad de Pavía,
que un cerco sufre indomable,
el ejército de Francia,
siempre dispuesto al combate,
proteje su campamento
con trincheras naturales.
Silencio reina en las tiendas:
solo se escucha alejándose
el *¡alerta!* que repiten
las avanzadas distantes.
Pero al derramar la aurora
su ténue luz por los valles,
el campamento se anima
y á vida nueva renace.

De pronto se escuchan gritos
y de dolor tristes ayes,
ruido de armas y ginetes,
voces de duelo y coraje.
Cual la tempestad violenta,
que todo al paso lo barre,

así los tercios de España
se abren entre el plomo calle,
y al lanzarse al enemigo,
que precaverse no sabe,
se traba horrible la lucha
con un ímpetu salvaje.
Saltan del acero chispas,
las fuertes lanzas se blanden,
y, tras de breves momentos,
es general el combate.
Su casco embotan los potros
en charcos de fango y sangre,
y aspiran ansiosamente
la atmósfera sofocante.
La victoria está indecisa,
porque al valor de ambas partes
se junta igual ardimiento
y circunstancias iguales.
La imperial caballería
ora vence, ora se abate,
y son despues vencedores
los que eran vencidos antes.
Bandadas de aves siniestras
rasgan osadas los aires,
y baten sus alas negras
buscando en donde posarse.
El humo que los mosquetes
vomitando muerte esparcen,
estrecha del horizonte
los límites naturales.
Y el sol, velado en su marcha,
su disco oculta en celajes,
no queriendo ser testigo
de aquella lucha implacable,
en que el valor nada sirve,
en que el arrojo no vale,
porque da la muerte á un héroe
el mosquete de un cobarde.
El rey Francisco primero,
que ve el éxito nublarse,
y teme que la derrota
corone al fin sus afanes,
lánzase á caballo al punto,
le destroza los hijares,
y penetra en lo mas recio
circundado de sus grandes.
Pero su valor heróico
trócase pronto en coraje,
al ver que su paso obstruyen
los heridos y cadáveres.

Reina á su lado la muerte,
y apenas pasa un instante
sin que caigan moribundos
sus mas fuertes capitanes.
Bonivet que le aconseja
quiere del riego escudarle;
pero una bala en su pecho
camino á la muerte abre.
Todo en torno suyo es presa
de la parca inexorable:
hasta su mismo caballo,
compañero en cien combates,
herido tambien de muerte
lanza un rugido salvaje;
encabritase un momento,
retrocede vacilante,
y cae al suelo en seguida
para nunca levantarse.
Solo el monarca valiente
vive para los pesares,
pues al empuñar, ya en tierra,
el acero centellante,
ansioso de hallar la muerte,
como pide su linaje,
el soldado Juan de Urbietta,
hijo de los vascos valles,
le hace osado prisionero
y para la gloria nace.
El ejército de Francia
muestra su postrer arranque;
pero humillado y vencido
emprende fuga cobarde,
y en el Tessino hallan muerte
los que en él quieren salvarse.
¡Victoria! claman doquiera
nuestros tercios indomables.
¡Victoria! repite el eco
por las montañas distantes,
y aquellas alegres voces
forman estraño contraste
con los ayes que despiden
los que moribundos yacen.
Y el rey Francisco primero,
arrojado en el combate,
sereno en su vencimiento
y en su cautiverio grande,
levanta altivo la frente,
que anublaron los pesares,
para, si todo se pierde,
que la honra al menos se salve.

III.

Preso se halla el rey de Francia
y á Madrid van á llevarle:
un capitan madrileño
guarda al régio personaje,
y en la casa solariega,
que tiene en los arrabales
Hernando Alarcon, le ofrece
local en donde hospedarse.
Allí quiere Cárlos quinto
que sus órdenes se aguarden
y que espere el prisionero
los acuerdos imperiales.
El soberano de Francia,
fuerte y poderoso antes,
cruzó la puerta mezquina
con anublado semblante.
Hernando Alarcon le guia,
y ya en la torre al dejarle,
tales palabras le dice,
nacidas de su alma grande.

—«Señor, si el destino adverso
mi huésped agora os hace,
azares son de la guerra
y de la fortuna azares.
Mas, ni el ánimo atrevido
por ellos duda ó se abate,
ni mostrar tal desaliento
á un rey cristiano le es dable.
El glorioso Cárlos quinto,
que el cielo cien años guarde,
pronto os dejará que libre
torneis á vuestros hogares
ó albergue os dará mas digno
de vuestro valor y clase.
Y cuando aquesto suceda,
para memoria constante,
de que esta modesta torre
presenció vuestros pesares,
yo haré que nunca se habite,
y que por siempre se tapie,
así que os deje salida,
la puerta por donde entrásteis.»
Si fué buen augur Hernando
en la Historia verlo es fácil;
de si cumplió su promesa
la duda, injusticia es grande,

pues la puerta primitiva
que existió en los arrabales,
conserva, tapiada siempre,
la *Casa de los Lujanes*.

IV.

De los hechos referidos
aun es recuerdo constante
un edificio ruinoso
y de aspecto triste y grave,
que entre otras cien construcciones
destacándose arrogante
abre al pasado las puertas
y recuerda otras edades.
Otras edades que España
en registrar se complace
buscando pasadas glorias
en vez de presentes males.
Ni los siglos á su paso
ni las rudas tempestades
lograron tirar por tierra
sus muros cuadrangulares.
De un siglo de triunfos lleno
caduco representante
aquel célebre edificio
del tiempo sufrió el embate,
sin vacilar un momento
sobre sus robustas bases.
Mil veces cuando las sombras
van sucediendo á la tarde,
absorto en mis pensamientos
ví su torre destacarse,

y sentí que el genio altivo
de las glorias nacionales
depositaba en mi alma
estas inspiradas frases:

«En esa torre mezquina
se albergó un rey indomable,
que España derrotar supo
tras un reñido combate.
Ejemplo de añejas glorias,
trasunto de hazañas grandes,
recuerdo durante siglos
de otro siglo de gigantes,
en mengua del mismo tiempo
consérvase inalterable
y al pueblo español le dice
en sus piedras seculares:
«Si alguna vez el destino
tus limpias glorias abate;
si á luchar vuelves ansioso
por tu suelo y por tus lares;
si el atrevido extranjero
quiere acaso subyugarte,
nunca te arredre el recelo,
nunca el ánimo cobarde
quite á tu brazo robusto
su denuedo formidable;
lucha, vence en la contienda
que la suerte te depare,
y sepa asombrado el mundo
que si un rey quiere domarte
aun le dará alojamiento
la *Torre de los Lujanes*.»

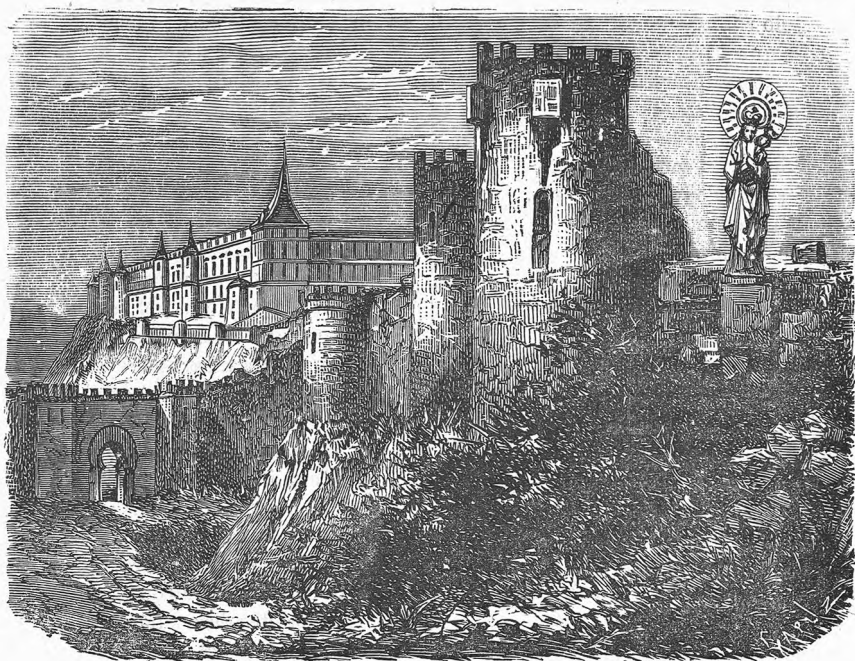
O. y B.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



Antiguo Alcázar de Madrid.

El voto de Alfonso sexto.

(HISTORIA DE LA VIRGEN DE LA ALMUDENA.)

4085.

I.

En la Mantua Carpetana
están las calles desiertas,
mudas las casas, y el cielo
cubierto de nubes negras.
Silencioso está el castillo,
solitarias sus almenas,
y á no verse el compasado
paseo de un centinela,
juzgárase que en sus muros
no guarda gente de guerra.
¿Dónde están los Mantuanos?
Juntos vienen de la Iglesia.
Bien lo dicen su medida,

y sus vestidos de fiesta,
y el llevar al descubierto
las abatidas cabezas.
Bien lo dice una cruz tosca
que siguen con reverencia
varios clérigos cantando,
y unas andas en que llevan
á la Virgen de la villa,
á su madre y á su reina.
Vienen detrás las mujeres
con encendidas candelas
é impacientes y parleros
sus hijos vienen con ellas.
Hacen los varios colores
del traje, confusa mezcla,

y los diversos murmullos
un solo rumor sustentan,
voces que á intervalos cantan,
voces que á intervalos rezan.
—Madre; dice un rapazuelo
á la mujer que lo lleva.
¿A dónde van con la Virgen?
Y le responde:—A esconderla,
que son los moros capaces
de sacrilegios que aterran,
y acuita á los Mantuanos
tener á los moros cerca.
No muy lejos una anciana,
que se reprime con pena,
murmura con voz temblona:
—Mal pecado y mala mengua
nos trujo el rey Don Rodrigo,
que si el cielo nos aprieta
del mucho holgar en el Tajo
fué la culpa manifiesta.
—¿Para qué teneis espadas
si no sabeis usar de ellas?
dícele un viejo á un guerrero,
y este, que presto se quema,
responde:—En verdad que ansío
que á Mantua los moros vengán
por ver si tienen tan dura
la piel como vos la lengua.
La procesion sigue en tanto
hacia el lado de la vega,
y al llegar á la muralla
se detiene, dobla en tierra
la rodilla, y en silencio
al llanto que corra deja.
Llevan la Virgen á un cubo,
delante ponen dos velas
encendidas, y lo tapian
con mas cuidado que priesa.
Poco despues, ¡pobre Mantua!
pisa la hueste agarena
sus calles y en su castillo
la infiel media luna ondea.

II.

Junto á la imperial Toledo,
y en la campiña que riega
el Tajo, que en su corriente
oro y cristal juntos lleva,
asiéntase un campamento

en armas rico y en tiendas,
que son variadas, y muchas,
y con distintas enseñas.
La cruz estiende sus brazos
sobre aquel bosque de telas,
y de la cruz al amparo,
ornada de insignias regias
una tienda se levanta
magestüosa y severa.
Con gran recato la guardan
los apuestos centinelas,
que allí Don Alfonso el sexto
descansa de sus faenas,
si es que descansar los reyes
pueden en tiempo de guerra.
Desvelado está el caudillo
en grado tal, que la tienda
mide con inquietos pasos
y al fin se sale á la puerta,
mas aire buscando el pecho
y con la vista mas tierra.
Es de noche: de Toledo
los minaretos descuellan
como remates del cerro
perdido entre sombras negras,
y aunque á intervalos la luna
pálidos rayos refleja,
solo á la vista permite
ver que Toledo está en vela,
por los acerados visos
con que su luz centellea.
A sus pies murmura el rio,
parece que en son de queja,
y estraños sonidos forma,
que en ocasiones semeja
que va arrastrando armaduras
y las choca con las piedras.
A veces rumor confuso
finge de ruda pelea,
y á veces suspiros, ayes,
ecos que lloran muy cerca.
Estremécese el caudillo
y en los imposibles piensa
que de loco le acredita
en su proyectada empresa,
que él sabe luchar con hombres,
y dominar á las fieras;
pero no espugnar los muros
que guarda naturaleza
con escarpadas alturas,

con abismos por do rueda
caudal tan crecido de agua
de tan potente fiereza.
Sus ojos levanta al cielo
pidiendo al cielo clemencia,
y acuérdate de María,
y la tradición recuerda
de aquella escondida efigie
que busca con insistencia
Madrid, pues que existe sabe
é ignora donde se encuentra.
Cuando cercaba sus muros
imaginó Alfonso vella.
Ganó á Madrid, y buscóla
con cuidosa diligencia;
pero fuese sin el logro
del hallazgo por la priesa
de poner cerco á Toledo
con cuya conquista sueña.
Párecele que la Virgen
está con él descontenta,
porque dejó de buscalla
por irse tras otra empresa
y dá de ser mal vasallo,
y mal caballero muestra
quien por buscar su provecho
no sirve bien á su reina.
Con lágrimas en los ojos
dobla la rodilla en tierra
y de buscar á la Virgen
hace solemne promesa
tan pronto como Toledo
vencida y tomada sea.
Entonces rasga la luna
las nubes en que está envuelta
y la ciudad ilumina
con luz misteriosa y bella.
Suspende el Tajo su furia,
Alfonso tranquilo queda,
en dulce sueño gozando
de perspectivas risueñas,
y al cabo de dos semanas
se alzan del campo las tiendas,
porque rendida Toledo
abre al sitiador sus puertas.

III.

¿Qué es lo que en Madrid ocurre?
¿qué furor extraño ciega

á magnates, y villanos,
á guerreros, y doncellas?
Los góticos edificios
registran con tales veras,
que al cabo de pocos días
vienen á quedar por tierra.
No se apagan las antorchas
en subterráneos y cuevas,
que ensanchan y profundizan
excavaciones inmensas,
y en la villa y en el campo
se busca con vista inquieta,
palmo á palmo se registra
se mueve piedra por piedra.
Diz que Don Alfonso el sexto
tales pesquisas ordena
en cumplimiento de un voto,
y el pueblo con gusto presta
por encontrar á su Virgen,
consejos, caudal y fuerza.
Al cabo de algunos días
ofúscanse las cabezas,
las esperanzas se pierden,
se rinden las fuertes diestras,
y en desordenados grupos,
sin concertar las ideas,
cavan, demuelen, destruyen
todo lo que al paso encuentran.
El rey, que es poco sufrido,
estrageo mayor proyecta.
Dice que la Villa es suya,
que la ganó en buena guerra
y ha de arrancar los cimientos,
trocar en valle la vega,
y entrarse luego en el río
á registrar sus arenas.
Sábelo el pueblo y le envía
quien le hable de esta manera:
—«Señor, las vidas son tuyas
lo mismo que las haciendas:
si quieres ver demolidas
las casas, danos licencia,
que ya nos come el deseo
de poner la mano en ellas.»
Mucho place al rey su pueblo
y á darle va la respuesta,
cuando el sesudo prelado
de la toledana iglesia
con voz mesurada y firme
dice las palabras estas:

—«Mal imaginas, Alfonso,
que se hallan del cielo prendas
con ímpetus que suponen
mas bien que piedad soberbia.
Antes que aumentes el daño
á Madrid, ve tu conciencia,
que quien vierte mucha sangre
con mucho descuido peca,
y pecados de los reyes
de pueblos son penitencia.
Si hacer cenizas resuelves
para hallar la Virgen, sea:
hunde tu frente en el polvo,
pon ceniza en tu cabeza.»
Picado el rey del consejo
siente correr en sus venas
fuego que al rostro le sube,
y las megillas le quema;
mas trascurrido un instante
se inclina con reverencia
y del anciano prelado
humilde la mano besa.

IV.

En la Mantua carpetana
están las calles desiertas;
silencioso está el castillo;
solitarias sus almenas.
¿Dónde están los Mantuanos?
Juntos vienen de la iglesia,
que bien lo dicen de lejos
voces que cantan y rezan.
En procesion muy lucida
camino van de la vega
y el rey Don Alfonso el sexto
va con humildad estrema:
luego siguen las mujeres
con encendidas candelas
é impacientes y parleros

vienen sus hijos con ellas.
Entre la piadosa turba
destácase una doncella
de hermosura peregrina,
que, entre llorosa y risueña,
va diciendo: —«Virgen Santa
hora es ya de que parezcas.
Lavó de un rey el pecado
un mar de lágrimas nuestras.
Si la ciudad perros moros
profanaron con su huella,
mira que ya con su sangre
hemos lavado la tierra,
y para que no la pises
la cubre gloriosa tela,
pues hoy nuestro amor te pone
por alfombra sus banderas.»
La procesion llega al muro
y, cual si sus ruegos fueran
irresistibles arietes,
desplómanse algunas piedras,
húndese parte de un cubo
do brilla una luz intensa
y en él preséntase al pueblo
la Virgen de la Almudena,
con las velas encendidas
que se escondieron con ella,
sin ser tres siglos bastantes
para mermarles la cera.
Madrid, Madrid, tu patrona
de tantas glorias emblema,
la Virgen que fué en el muro
testigo de tus grandezas,
la que guardando la villa
tornó su color morena,
la que buscó el bravo Alfonso,
la que apareció en la Vega,
en la Mantua carpetana
no tiene un templo siquiera.

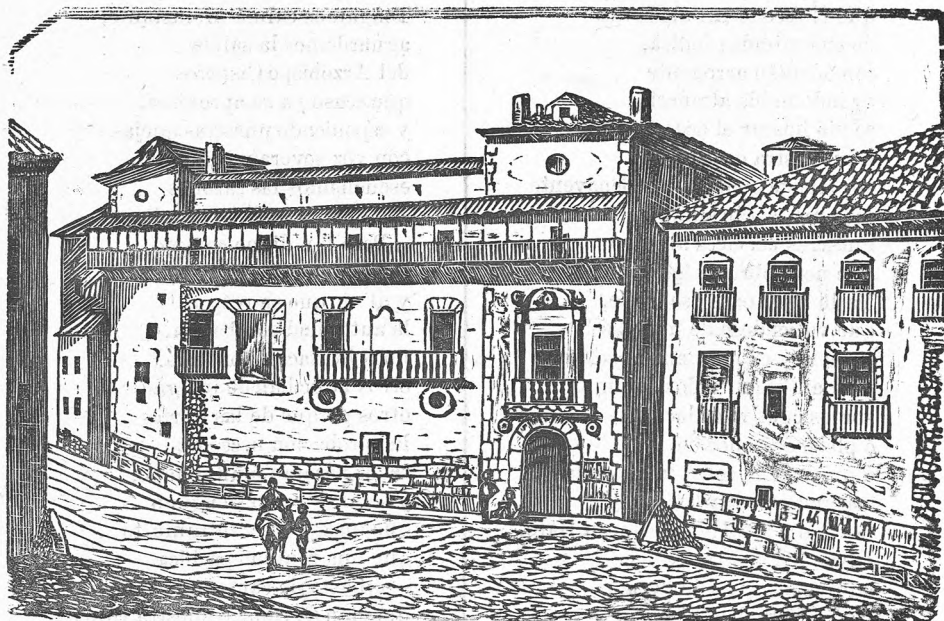
J. R.

(Es propiedad.)



DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



El Cardenal Cisneros.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1516.

I.

En un sencillo aposento
de la morada que habita
en Madrid, el Cardenal
Gobernador de Castilla,
discutiendo varios nobles,
mas que con calor con ira,
aguardan á su Eminencia
que está celebrando misa.
Enriquez y Pimenteles,
Haros, Girones, Medinas,
ven allí representantes

de sus progenies altivas;
y á fé que las duras mallas
y las corazas bruñidas
que en vez de brocado ó pieles
sus anchos hombros cobijan,
manifiestan á las claras
que su temprana visita
ni es respetuoso homenaje,
ni rasgo de cortesía.

Sus descompuestas palabras
ódio y cólera respiran
hácia el poder vigoroso
que sus blasones humilla,

y mas de una vez, llevados
por la pasion instintiva
que el reconcentrado fuego
de sus miradas indica,
con ademan arrogante
de indomable altanería
se vió buscar el acero
á su diestra convulsiva.

—«¿Hasta cuándo, un Benavente
esclama, serán sumisas
nuestras cervices al yugo
que nos cubre de ignominia?
Ya lo veis, para ese fraile,
que valiéndose de intrigas
tiene hoy en su mano el cetro
y en ambos mundos domina,
somos cual viles lacayos
ó plebe desconocida,
á quien se hace en la antesala
esperar una sonrisa.»

—«¡Voto á tal! contesta un Haro,
cuyas tostadas mejillas
cubren del orgullo herido
las arrebatadas tintas;
¡voto á tal! que si esas frases
que aun me hieren sin oirlas,
procediesen de otra boca
mas baja ó menos amiga,
pronto les diera mi espada
contestacion merecida,
cortando la torpe lengua
que se atrevió á proferirlas.»

—«Guardad de ese ardor los brios
para otra causa mas digna,
que á quien dobla cual vasallo
ante un fraile la rodilla,
ni cuadran tales arranques
que la humildad abomina,
ni le están bien otras armas
que el hisopo y la capilla.»

—«Paz, señores; interrumpe
Enriquez, cuya política
en aras de la prudencia
las pasiones sacrifica.

¿Es posible que arrastrados
por inútiles rencillas
deis al olvido el objeto
que causa nuestra venida?
Mal consejero es el ódio
y mal amigo la envidia

cuando en asuntos de Estado
la imaginacion vacila.
Tengamos calma un instante,
aguardemos la salida
del Arzobispo Cisneros
que acaso ya se aproxima,
y esponiendo nuestras quejas
con voz severa y tranquila,
escuchemos las razones
con que su conducta esplica.»

Pero tan digno consejo
las pasiones no mitiga,
y al oír que se respeta
la autoridad combatida,
unos la atacan por dura,
otros la tachan de indigna,
otros porque de las Córtes
la aprobacion necesita;
todos peroran á un tiempo,
y á tal estremo se agitan
que mas parece un tumulto
que una reunion pacífica.

—«¡Basta de contemplaciones
que han de causar nuestra ruina!
prorumpo con voz de trueno
un Giron, ardiendo en ira.
Acordémonos, señores,
que en ocasion parecida
nuestros ilustres abuelos
esgrimieron la cuchilla,
y si un Beltran de la Cueva
y un Luna, vieron perdida
su privanza ante el empuje
de los nobles de Castilla,
no ha de conseguir un fraile
empresa tan atrevida,
que la fuerza de su brazo
de nuestro silencio es hija.
Al campo, pues; de la Córte
dejad las sendas torcidas.

Al campo, y que viva el rey,
si jura nuestras franquicias.»

Un aprobador murmullo
espresa las simpatías
de los oyentes, que acojen
sin discutir la medida;
mas al dirigir sus pasos
á la puerta de salida
se abre esta y el Cardenal
se les ofrece á la vista.

II.

El conquistador de Orán;
el hombre que ante la historia
se ha presentado ceñido
por una triple aureola;
el que invirtiendo sus rentas
en inmarcesibles obras,
alzó con ellas un templo
á las letras españolas,
y de la naciente imprenta,
como muestra portentosa
dejó en la *Biblia poliglota*
un monumento de gloria;
el que sostuvo en sus manos
el peso de dos coronas,
haciendo morder el polvo
á una nobleza orgullosa,
ningun distintivo ostenta
que revele en su persona
la suprema dignidad
que ejerce con tanta honra.

Tosco sayal franciscano
cubre sus enjutas formas,
como testigo elocuente
del origen que le abona,
y con sandalias de cuerda
bajo del hábito asoman
aquellos piés que del trono
pisan las régias alfombras.
Unicamente en su pecho
luce la muceta roja
con que premiar sus virtudes
quiso la Sede apostólica,
como para hacer patente
que por la fé religiosa
vertería de su sangre
hasta la postrera gota.

Pero en cambio ¡qué grandeza
hay en su frente espaciosa!
¡qué penetracion se advierte
en su pupila recóndita!
Tras de la humilde apariencia
de que su exterior blasona,
de la energía y del génio
arder la llama se nota,
revelando sus miradas
esa fuerza misteriosa

de los hombres á quien Dios
sobre los hombres coloca.

Y tanto es así, que al verle
la reunion tumultuosa
retrocede subyugada
y su rencor aprisiona.

III.

— «Escusadme, caballeros,
si he tardado á pesar mio,»
dice el noble Cardenal
tomando asiento tranquilo;
«y ora esponed francamente
de vuestra queja el motivo,
que si él es justo y yo puedo,
no sereis desatendidos.»

Mas aunque así les invita,
aquellos nobles altivos,
ó por cólera, ó por miedo,
guardan extraño mutismo;
hasta que al fin Benavente,
interpretando atrevido
el pensamiento de todos,
responde en tono conciso:

— «La nobleza castellana
quiere, señor Arzobispo,
que en la direccion del reino
sea su voto atendido.
Es costumbre que han guardado
los reyes durante siglos,
y no es cosa ¡vive Dios!
que la rompan sus ministros.»

— «Aunque para obrar cual obro,
le contesta el gran político,
puedo presentar, señores,
un incontestable título,
estoy dispuesto á cederos
el gobierno que no ansío,
si citais en vuestro apoyo
un fundamento legítimo.

¿Qué monarca ha sancionado
ese privilegio ínico?

¿qué ley concede á los nobles
tan inmenso poderío?»

— «¿Qué ley? La de la conquista;
el derecho que ha nacido
de la sangre derramada

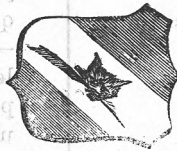
en combates infinitos. Nuestra espada creó el reino, y si un Señor consentimos, la autoridad nos compete cuando el trono está vacío.»

—«La autoridad es de Dios, y él se la dá á los unjidos para velar sobre el pueblo, como padres por sus hijos. Por voluntad de Fernando, hasta que su nieto invicto venga á ceñir la corona, debo ejercerla, aunque indigno; y si apelando á la fuerza intentáreis impedirlo, á fin de guardarla incólume, el cielo me dará auxilio.»

—«¿Adónde están los poderes de que os creéis revestido? Mostradlos: sepa Castilla quién la manda y con qué títulos.»

—«Los vereis, dice Cisneros, y abriendo un balcon vecino, añade: «para vosotros no pueden ser mas legítimos.»

Con asombro y estrañeza,



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

se agolpan á ser testigos los nobles; pero bien pronto retroceden confundidos, que en un llano que se extiende delante del edificio, miran formado un ejército de continente aguerrido.

—«Aquí tenéis mis poderes, dice el Cardenal ministro, creo que harán respetable de la diadema el prestigio, que hasta la ley es inútil sin apoyo positivo, y ante argumentos de espada, quien razona está perdido.»

Aquella osada energía que aniquiló el feudalismo, hizo posibles las glorias del inmortal Cárlos Quinto; y si en los presentes males aun nos consuela su brillo, lo debemos á Cisneros, al fraile de San Francisco.

L. V. y D.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



La batalla de Otumba.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1520.

I.

EUROPA Y AMÉRICA.

Region vestida de palmas,
y coronada de estrellas,
que el viento del mar sacude
tu arrogante cabellera.
Con tu manto de esmeralda,
y tus brillantes riquezas,
ven, hermosa, al himeneo
de otro mundo que te espera.
Y el sol que en rubor enciende
sangre virgen de tus venas,

del gigante desposorio
la nupcial antorcha sea.
Sobre la ruina del orbe
un tierno abrazo se dieran
dos hermanos, bajo el llanto
de la bendicion paterna.
Uno á Oriente, otro á Occidente,
el hogar amado dejan,
sus adioses resonando
hasta perderse en las nieblas.
Y desde aquel triste dia,
peregrinos por la tierra,
la humanidad dividida
su antiguo lazo recuerda:

tiempos y espacios hollando,
razas y mundo se encuentran;
otro abrazo se repite,
y otras lágrimas, se mezclan.

II.

Mas entre pechos amigos
la discordia se intercepta,
y emponzoña los alientos
con el humo de su tea.
¡Himnos de gloria á Pizarro,
Colon, Ponce, Balboa, Ojeda,
noble estirpe de Titanes
que asaltaron otra esfera!
Y á Hernan Cortés, que la espalda
de un nuevo gigante aferra,
que de sus brazos robustos
quiere romper la cadena.
Vate, pulsa el laud de hierro,
haz vibrar sus roncadas cuerdas;
la patria cubre su rostro
con un manto de vergüenza.
¡Todo se ha perdido menos!...
No encaja aquí la sentencia;
tus hijos ván cual rebaño
vendido á baja moneda.
Y tú, pobre y fiel despojo
de lo que un día fué América,
ven á gemir solitaria
del mar en la altiva peña,
donde su cetro estendido
y puesto el sol por diadema,
España contó sus pueblos
como un pastor sus ovejas.

Al paso de la calzada
de Méjico la soberbia,
á la marcha de españoles
los indios ponen barreras,
y con número espantoso
caen en terrible sorpresa,
y al fin de tantas victorias
faltó la fortuna adversa.
El ejército combate
con las sombras que le cercan;
á enorme usura se vende
cada ápice de existencia.
Salvos al fin por su esfuerzo,
¡horrible noche fué aquella!
Cada cual llama al amigo
y un ¡ay! lejano contesta.

Medrosos rayos de luna
sobre el lago amarillean,
y su sudario de nubes
baja á partir con la tierra.
Las mejicanas canoas
por las aguas verdinegras,
cruzan la Estigia laguna
en su derrota dispersas,
y con gritos de agonía
las saludan sus riberas.
Hernan Cortés, reclinado
bajo un árbol, sobre piedras,
cubierto se vé de sangre
algo suya, y mucha agena.
Una india á sus pies le mira,
su noble cintura estrecha,
y en sus rodillas apoya
blandamente la cabeza.
Flotando el tul trasparente
de su hermosa cabellera,
descansa en círculos de ébano
sobre el rocío y la yerba.
Suspiros del blando seno
las ondas del manto velan,
arca henchida de tesoros
y por lo henchida entreabierta.
¡Oh, errante mujer, que sigues
los verdugos de tu secta,
y cual guirnalda de esposa
ciñes la esclava cadena!
Otros á tu nombre añadan
nombres de honra ó de anatema;
de la conquista de un mundo
España te debe media.
El amor fué tu destino,
tu lealtad tu blason sea,
¿el corazón tiene patria,
ni enemigos la belleza?

III.

—¡Aito! Hernan Cortés esclama
enfrenando su audáz yegua,
y el ejército detiene
su marcha á la voz enérgica.
Delante vé de enemigos
muchedumbre tan inmensa,
que aún detrás del horizonte
la gran retaguardia queda.
En su brazo levantado,
todo un imperio blande

el rayo de la venganza,
cauterio de las ofensas.
Con un esfuerzo jigante
hollar la fortuna intenta,
y mostrar á la invencible
si algo hay, que el teson no venza.

—Ya no somos ni dioses ni inmortales;
todo el poder de Méjico nos cerca,
y en la sangre española por escarnio
nos arrojan mojadas las saetas.
¡Hé aquí, valientes, en el borde estamos
de un porvenir de gloria ó de vergüenza!
no hay mas abrigo ya que los mosquetes,
¡la honra el solo prestigio que nos resta!

La voz de Cortés apagan
furiosos gritos de guerra,
que en sus valientes soldados
hierven la ira y la impaciencia.
Bélico estruendo retumba,
voces, caballos, cornetas,
y el pavoroso chirrido
de las armas que se aprestan.
Sus seiscientos españoles
forman el centro, en hileras
de batalla, á cada flanco,
mil valientes tlascaltecas.
El escuadron de ginetes
y los cabos de mas cuenta,
detrás en masa compacta
tirando ván de las riendas.
Hernan Cortés á galope
cruza como una centella
por delante de las filas
que al pasar le victorean.
Con sus ojos les anima,
con su ademan les arenga,
aquí dejando una afable
sonrisa, allí una advertencia.
¡Qué rica armadura viste!
¡qué gallarda gentileza!
¡al soplo de la victoria
cuán bien su plumaje ondea!
¡Marchen! resonó imponente,
y á la vibracion contesta
como golpe de batanes,
de los pasos la cadencia.
Los brazos la lanza afirman,
los rayos al hombro tercián,
y del gran valle de Otumba
pisan la llanura estensa.

Precipitanse corriendo
los indios á sus trincheras,
con tan discorde alarido
amenazan y denuestan,
capaz de clavar de espanto
en mitad de su carrera,
á los bárbaros de Atila
galopando sobre hienas.
Lós penachos de colores
son de comarcas diversas,
que al comun peligro vienen
con su gente y su nobleza.
Los miles mas escogidos
al gran general rodean,
sobre andas de oro llevado
con augusta preferencia.
Y de oro y ricos plumajes
alza su mano la enseña,
corazon de aquel imperio,
y devastador profeta.
No albergó jamás la vida
en campo donde saliera,
su reflejo, es de la muerte
la sonrisa amarillenta.
¡Momentos de inquietud! ambos
ejércitos se contemplan;
¡fuego! entre gritos las mangas
de arcabuceros resuena;
el estruendo envuelto en humo,
la muerte en rayos envuelta.
La ira se arrojó al combate;
remoja sus fáuces secas
feroz libacion, con sangre
de las víctimas primeras.
Y abarcando con el giro
de su brazo, ambas potencias,
vierte la copa, como una
maldicion en sus cabezas.
Ya es imposible á los ojos
seguir las balas, las piedras,
ni de la horrible hecatombe
las desgarradoras quejas.
¡Cuán bien rajan las cuchillas
en las carnes indefensas!
¡y bajo las mazas, gimen
las resonantes rodela!
Del morrion al restallido
cráneo y ojos saltan fuera;
los troncos despedazados,
las armaduras en piezas.

Ruidoso y fiero galope
de los caballos se acerca;
con sus brazos impetuosos
derriban tropas enteras.
Espanto dán los relinchos,
la monstruosa corpulencia,
la espuma que al rostro arrojan,
y su obediente fiera.

Ancho campo ván abriendo,
que en cuanto pasan se cierra,
y montones de cadáveres
á su cansancio interceptan.

Una hora, otra hora agonizan,
cien mil mueren, cien mil quedan,
no se vén menguar los vivos
aunque hay mas muertos que yerbas.

—¿Señor, os volveis herido?
esclama la india, resuelta,
llegando á Cortés en medio
de la encarnizada brega.

—Preciso es morir, la dice.

—¿Morir, señor?—Ya no resta
mas noble esfuerzo.—Sí, ¡el último!
¡coged la imperial bandera!

—¡Marina!—Y Méjico es vuestro.

—Oh, adios, si vuelvo...—Con ella
señor, mis ruegos os guardan.

Cortés sus gefes congrega,
y detrás de él á galope
cuantos le escucharon vuelan.

Lanza en ristre y adelante,
fuerte brazo, vista ciega,
como un huracan de hierro
al pié de las andas llegan.

Y con el ímpetu mismo
Cortés su lanzon estrella,
y las andas colosales
al choque se bambolean.

Cuando un alevoso golpe

hiende su erguida cimera,
y por un instante puso
la victoria en contingencia.

Mientras los suyos en torno
los brazos le tienden, mientras
los vencidos reorganizan
incansable resistencia,
noble Juan de Salamanca,
tú, á la vacilante empresa
la áncora firme arrojaste
en el poder de tu diestra.

El caballo empantanado,
salta del caballo á tierra,
calle abriéndose entre lanzas,
como un tigre entre malezas.

Hiende, derriba, y la espada
por el estandarte trueca;
él quedó en su fuerte mano,
y en el pecho enemigo, ella.

—«Tened, señor;» de rodillas
á Cortés se lo presenta;
los dos valientes se abrazan;
un génio, y un soldado eran,
—«¡Dioses son!» los indios gritan.

Y como al viento las nieblas
la aterrada muchedumbre
busca güarida en las peñas.

Cortés así le responde,
mientras las parcas hambrientas
sobre el campo se detienen
rendidas y satisfechas.

—«Tomad, Juan de Salamanca,
bien lidiásteis, joya es vuestra;
quien tan noble formó el cielo,
digno es de humana nobleza.

Para vos y vuestros hijos
por timbre os lego la enseña,
en nombre del Dios que os guarda,
y del Rey que por mí os premia.»

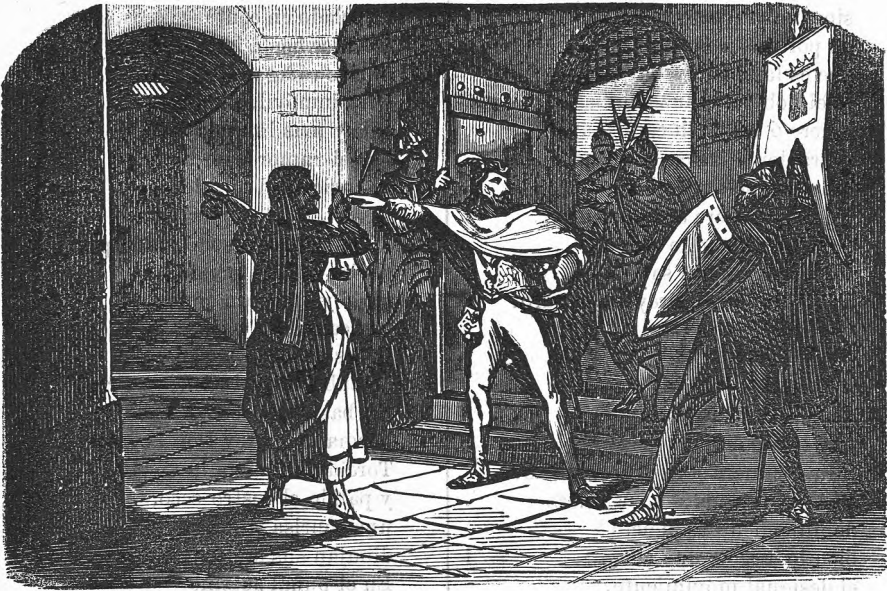
J. C.

(Es propiedad.)



DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



La luz de un candil.

(TRADICION DE LA ÉPOCA DE DON ENRIQUE II.)

Dice Madrid que en Castilla solo manda el rey Don Pedro; mientras Don Enrique avanza con sus bastardos ejércitos. Quiere el trono de su hermano, y aunque le falta derecho, oro tiene y muchas gentes que comprar al extranjero. Encima de la justicia y el valor han de ponerlo, que vienen muchos Bertranos en los que le van siguiendo. Llegan al fin: pero gritan los de la villa, mas récio, que no ha de entrar en su alcázar

un monarca aventurero. En los atrevidos muros se agrupan los Madrileños: si muy bien saben tomarlos mejor sabrán defenderlos. Mucho avanzan los de fuera; y aunque pocos los que hay dentro, oponen valla terrible con su valor y sus pechos. Mas son vanos con la infamia sus arrogantes esfuerzos; no se han de ahogar sus lealtades entre la sangre y el fuego. No: la mano que amenaza es cobarde y caerá presto

sin ser vista, por la espalda,
y entre las sombras y el sueño.
El sitiador se promete
sin combatirlos vencerlos,
no por fuerza, por astucia
que es la máscara del miedo.
Si el noble á la luz del dia
muere ó vence en campo abierto,
el traidor hiere en la noche
con precaucion y silencio.
Un cetro quiere el bastardo
aunque tenga que cogerlo
roja la mano con sangre
de su hermano el rey Don Pedro.

I.

Fuera de Madrid, y cerca
del sitiador campamento,
hay una pobre casucha
ruin por fuera y ruin por dentro.
Que es vivienda y no sepulcro
de un femeníl esqueleto
bien lo dice de una rueca
el desigual movimiento.
Sentada en banquetta tosca,
bajo el rostro, por el peso
de una idea miserable
que se agita en su cerebro.
Tranquila está: que los años
le han puesto el rostro sereno
y han apagado en sus ojos
la luz de los pensamientos.
Pero el tiempo que á la tierra
ha ido encorvando su cuerpo
no pudo hacer que su alma
empiece á mirar al cielo.
Oro ansía y hasta el alma
hubiera vendido há tiempo,
si los bienes del diablo
pudiera alguno tenerlos.
Y los que morir la vean
bien pueden decir que ha muerto
si al resonar de un bolsillo
no hace ningun movimiento.
Infame su vida fué,
infames fueron sus hechos,
y aun le queda que hacer algo
para ganarse el infierno.
«¡Viva Hernan Sanchez de Vargas!»
suenan voces á lo lejos:

«¡viva Madrid! ¡viva el rey
y fuera los Enriqueños!»
Estruendo de armas y gritos,
mezclado en confusos ecos,
conduce hasta la hilandera.
En sus ráfagas el viento.
Pero inmóvil, silenciosa,
lino y mas lino tejiendo,
oye el rumor y no muestra
ni curiosidad ni miedo.

En la puerta sonó un golpe,
alzóse la vieja presto,
abrió y entró un embozado
con cauteloso silencio.
Atrás echando la capa,
descubrió aquel rostro enfermo
del bastardo Don Enrique
hermano del rey Don Pedro.
Torcida, inquieta la vista,
y pálido el rostro seco,
una sonrisa siniestra
dibujan sus lábios trémulos.
En el puñal asesino
tiene clavados los dedos
sujetando la esperanza
de sus villanos intentos.
Su figura es el retrato
de su espíritu pequeño
vilmente ahogado en la carcel
de sus livianos deseos.
Y traidor y receloso
cualquiera diria al verlo,
sabrà robar cien coronas
mas no conquistar un reino.

—«Habla, le dice á la vieja,
»iré dije, solo vengo
»á saber cosas que sabes
»y á dejarte mi dinero.»
—«Señor; á Madrid quereis,
»y Madrid ha de ser vuestro,»
dice la anciana temblando,
por los años y el respeto.
«Aquí se encuentra la entrada
»del subterráneo secreto;
»conozco bien de la cava
»los peligrosos cruzeros.
»De antiguos trabajos moros,
»útil y feliz recuerdo,

»para bien de vuestra causa
»mis padres la descubrieron.
»Llega hasta el mismo arrabal
»de San Ginés: allí, luego
»se llega hasta el mismo alcázar
»por otros cóncavos huecos.
»Y mientras por todas partes
»se agrupan los madrileños
»á disputaros la entrada
»con sus vidas y su esfuerzo,
»yo os daré paso hasta el trono
»que hay en el alcázar régio,
»y el sol, antes de ocultarse,
»alumbrará á Madrid, vuestro.
»Por si temeis que os engaño,
»por si recelais que os engando,
»iré delante de todos
»dando la vida que tengo.»
—«Anciana, dice el bastardo,
»muchas doblas vale el cuento;
»si es un lazo lo que intentas,
»no te ha de dar gran provecho.
»Pronto vuelvo con los míos,
»á una señal todos prestos,
»y hasta ver que tú no mientes
»aquí tengo alojamiento.
»Oscura estará la mina;
»pero el vívido reflejo
»de cien antorchas mi paso
»alumbrará.»

—«¡Santos cielos!
»No hagais tal, señor, es fácil
»que descubran nuestro intento
»los resplandores.»

—«Bien dices;
»mas ¿cómo nos atrevemos
»entre las revueltas calles
»de ese laberinto estrecho?»
—«Yo alumbraré solamente
»con mi candil.»

—«Te prometo,
»si él nos basta, de mercedes
»hacerte nombrado ejemplo.
»Y he de darte de mi cara,
»porque tengas un recuerdo,
»aun mas retratos que veces
»tu rueca girando ha vuelto.»

Arrojó al suelo el bastardo
un bolson de oro repleto

y salió, llena su mente
de traidores pensamientos.
Sola quedóse la vieja
recontando su dinero
y las armas y los gritos
sonaron en ronco estrépito.

¡Luchad! ¡luchad como héroes!
;El triunfo no ha de ser vuestro,
debajo de vuestras plantas
van impunes á vencersos!
A la luz viva del sol
los esperais como buenos;
la opaca luz de un candil
los vá iluminando á ellos.
¡Un candil! esa es la estrella
de los viles enriqueños;
célebres por sus mercedes
que no por merecimientos.

II.

Todos esperan ansiosos
el momento del combate,
y nadie traicion recela
porque todos son leales.
El sitiador adelanta
decidiéndose al ataque
y las ballestas se tienden
buscando vidas y sangre.
Ecos de agudos clarines
pueblan confusos los aires
y en los muros se disputa
estar de todos delante.
Solos dejaron las plazas
y solos los arrabales,
y las mujeres rezando
ante sagradas imágenes.
Todas ruegan en silencio;
pues no quieren sepa nadie
que se olvidan de la pátria
por otro riesgo mas grande.
No alzan la voz temerosa
y dicen las mismas frases;
todas están en secreto
pidiendo gracias iguales.
¿Por quién rogar la doncella
si está en peligro su amante?
¿Si tiene luchando un hijo,
de qué se acuerda una madre?
Pedid por vuestros amores